

DIVERSIONES DEL MUNDO.

II.

Plorabit, et flebitis vos, mundus autem gaudebit.

Vosotros llorareis y gemireis, mientras el mundo se regocijará.

(JOAN. XVI, 20.)

Jesucristo es el que habla, y el que pronuncia en dos palabras dos sentencias del todo contrarias; la una es á favor de todos los escogidos, que se nos representan en sus apóstoles; y la otra es para condenar á los pecadores, que componen este mundo, que tan justa y airadamente ha reprobado, y contra el que tantas veces ha fulminado sus anatemas. Vosotros llorareis, y vivireis con fatigas y trabajos: esta es la suerte de los predestinados: *Plorabit, et flebitis vos*. Pero el mundo se gozará, y estará siempre con alegría, sin carecer de alguno de todos los placeres de la vida; esto es lo que pertenece á los pecadores: *Mundus autem gaudebit*. ¡Qué distribucion, amados oyentes, tan sin equidad, al parecer! ¿Hubiérais pensado vosotros, alguna vez, que fuese de este modo? ¿Son estos los castigos con que el Hijo de Dios amenaza á los enemigos de su Evangelio? ¿Son estas las recompensas que promete á los que, desprendiéndose de todo, se unan á él para seguirle con fidelidad y constancia? Segun nuestras humanas consideraciones, ¿no debia decir esta proposicion en el opuesto sentido, asegurándoles á los justos: vosotros estareis alegres; y diciendo á los pecadores: vosotros estareis agobiados de pesadumbres, y pasareis vuestros dias en afliccion y dolor? Sí, amados oyentes míos; así debia haberlo ejecutado, segun nuestras humanas ideas y discursos: que es decir, así lo debia haber hecho, segun nuestras débiles y terrenas intenciones, y segun la corta extension de la falsa prudencia de la carne; pero muy otros son los designios de la sabiduría divina: para cumplir las intenciones de Dios con utilidad é interés de sus amigos, era forzoso que renunciassen éstos las diversiones del mundo; porque si las apariencias en él son bellas y agradables, y las exterior-

ridades atraen y mueven, el fin es desgraciado, y siempre conducen á la ruina. Por esta razon poned atencion y cuidado en lo que el Salvador de los hombres añade para consuelo de sus discípulos. No os desanimeis, les dice, porque despues de haber vivido en las aflicciones y lágrimas, vuestra tristeza se mudará en alegría, y una alegría sólida, durable y eterna; y al mismo tiempo les dá á entender, por una regla del todo opuesta, que las engañosas y falsas alegrías del siglo no tendrán por fin sino una eterna desgracia: *Sed tristitia vestra vertetur in gaudium*. ¡Grande y terrible verdad es esta por cierto! Hoy pretendo profundizarla y manifestárosela.

No es mi designio condenar sin excepcion todas las diversiones de la vida, sino demostraros, que las diversiones del mundo permitidas é inocentes son muy raras. ¿Por qué, me preguntais? Por tres razones, que comprenden todo mi asunto, y que son dignas de toda vuestra atencion. Yo considero estas diversiones mundanas segun su naturaleza, segun su extension, y segun sus efectos: y pretendo probar, como váis á ver, que casi todas son, ó *impuras y prohibidas, segun su naturaleza, ó excesivas segun su extension, ó, en fin, escandalosas en sus efectos*. Antes de demostrarlo, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Las representaciones profanas; esos espectáculos, donde asisten multitud de mundanos ociosos y libidinosos; esas concurrencias públicas, y de solo placer, en donde son recibidos con gusto todos aquellos y aquellas á quienes atrae el deseo de presentarse, y ser vistos, ó la complacencia de ver á los demás; las comedias y los bailes, por ejemplo, ¿son diversiones prohibidas, ó son permitidas? Unos los reprueban y condenan; otros los justifican, ó se empeñan en justificarlos: cada uno dá su parecer, segun sus ideas, y decide, segun los principios en que se funda. Tenemos, pues, que, á lo ménos, son sospechosas, porque los que las condenan, son los mas prácticos en la ciencia de los caminos de Dios.

Pero aún hay otra consideracion más poderosa y eficaz. Siguiendo el consejo del Espíritu Santo, pregunto á aquellos que Dios me ha dado por superiores y maestros, á los Padres de la Iglesia: ellos me dicen, que abandonar y separarse de estos espectáculos y concurrencias, era, en los primeros siglos de la Iglesia, una señal de religion, y la mas auténtica y evidente. Ellos me enseñan, que en la estimacion comun de los fieles, no se creía poder guardar el juramento y promesa de su bautismo, mientras estaban entregados á estos frívolos pasatiempos del siglo.

Los seguidores del mundo, ¿qué pueden oponer á este comun dictámen de los Padres? ¿A quién creerán, si no se rinden y sujetan á la verdad que estas autoridades contienen? ¿No seria una temeridad caprichosa é insufrible, en que ningun cristiano de un mediano talento caerá jamás, persuadirse y pretender persuadir, que estos hombres de Dios, todos se han extraviado y han resbalado, dando á las cosas unos límites tan estrechos, y que en el siglo en que vivimos, estamos más ilustrados que lo estuvieron ellos? Sin embargo, algunos mundanos no piensan de este modo, ni quieren sujetarse á lo que éstos dicen, y solo á sí propios se quieren creer y tenerse por sus directores. ¡Ah! hermanos míos, sed vosotros mismos los jueces en esta causa, y dad la sentencia, miéntras paso á otro punto no ménos importante ni ménos comun.

Lo que me parece que se puede contar entre las diversiones culpables, son ciertas novelas, cuya lectura es otra ocupacion de la ociosidad del siglo, y que produce los mismos desórdenes. Esta es la diversion que comunmente tienen los espíritus frívolos y de pocos alcances y las personas de corta edad: en ellas se emplean horas enteras, llenando la memoria de ficciones y maquinaciones falsas é imaginarias; y cuidando de conservar y retener en la memoria los pasajes más particulares y más extraños, todos los aprenden y todos los saben; y sabiéndolos todos, nada se sabe ni se consigue: y, sin embargo, poco daño seria no aprender cosa alguna ni saberla, si éste fuera solo el mal que en esto puede temerse; pero el esencial y el principal motivo en que me fundo, es, porque nada puede imaginarse más capaz de corromper la pureza de un corazon como estos libros apestados. No hay cosa que comuniqué al alma un veneno más sutil, más eficaz, ni más activo: nada es, pues, más mortal y perjudicial y por consecuencia, nada debe ser con más justicia ni con más rigor prohibido. Porque ¿qué es una novela ó un romance? Es una historia, ó digamos mejor, una fábula compuesta á modo de historia, en la cual se trata del amor; se procuran expresar con la mayor viveza todas las flaquezas, todas las agitaciones violentas y todas las extravagancias del amor; no se registran sino máximas de amor, protestas de amor, artificios, astucias y estratajemas de amor. No hay en ella interés alguno que no se sacrifique al amor, aunque sea el interés más apetecido, segun las ideas mundanas, cual es la gloria del siglo: en ella es la accion más brillante y el más heróico empeño sacrificarlo todo al amor. ¿Cómo siendo tan frágiles y tan inclinados al mal, podemos sin cesar tener presentes á nuestra vista semejantes imágenes, y no ser movidos ni combatidos con las especies que nos imprimen? Los más grandes

santos resistirian á ellas? Un ángel ¿no se hallaria tambien sorprendido y confuso? La inocencia misma ¿no naufragaria y se perderia?

A todo esto se dice y se responde: en cuanto leo, solo se trata de un amor honesto y bueno. Hermanos míos, este es un abuso. ¿Por qué llamais vosotros amor honesto aquél que posee y domina á un hombre; aquél que le hechiza hasta privarle del sentido y de la razon; aquél que le ocupa todos sus pensamientos, que termina todos sus cuidados, y que contra los derechos del Criador le hace idólatra de la criatura? ¿Llamais amor honesto y bueno á aquél, que hace olvidar á un hombre las más justas obligaciones de la naturaleza, de la pátria, de la justicia, del honor y de la caridad? Por lo comun, ¿no termina en esto la pretendida bondad de casi todas las novelas y romances?

Forzoso es, pues, asegurar y confesar conmigo, que la mayor parte de las diversiones más comunnes del mundo son malas y culpables: ó porque en su naturaleza son impuras y detestables, como lo habeis visto; ó porque en su extension son excesivas, como voy á manifestaros.

2. Todo exceso, amados oyentes, es vicio; y aún la virtud misma, que es la regla de toda bondad, no es buena ni justa cuando toca en los extremos. Si esto es cierto de la virtud, mucho más lo es de las diversiones y recreaciones de la vida. Sin embargo, hay algunos pasatiempos en el mundo, cuyo exceso y demasía es tan comun, que aunque, por otra parte, pudieran ser permitidos, legítimos é inocentes, casi siempre son culpables y malos, porque casi siempre son excesivos. Yo no intento referirlos todos; me ceñiré á uno solo: el juego, origen de mil desgracias y desazones, y pasion que no puedo combatir ni acometer como seria justo, porque es manantial de todos los desórdenes que vemos.

Vosotros sabeis que se juega, y que se juega sin reflexion y sin contenerse; y el exceso es tal, que aún aquellos mismos que son en esto culpados, se ven obligados á condenarlo. En la mayor parte de los juegos, principalmente en aquellos que el mundo autoriza más, hay tres especies de excesos, que se oponen á la razon y á la religion. Hay exceso en el tiempo que en él se emplea; exceso en el gasto que en él se hace; y exceso en la aplicacion y afecto con que á él se entrega: todo lo cual es contrario á las reglas de la verdadera piedad, y á las eternas máximas de la ley de Dios: pero no condenemos las cosas segun el juicio solo que formamos en la especulacion; digamos todo lo que se practica, y todo lo que pasa á presencia nuestra. Un hombre de mundo, que hace del juego su más comun y casi su

única ocupacion, que no tiene otro negocio más importante, ó diciéndolo mejor, que no tiene asunto por importante ó interesado que sea que no abandone por el juego; una mujer, que se enfada consigo misma, hasta no poderse sufrir, y hasta no poder aguantar á cualquiera otra persona, desde que la falta una partida de juego; decidme, amados oyentes, ¿ese hombre y esa mujer observan en el juego la moderacion que es justa? ¿Es eso obrar como cristianos? ¿Es eso propio de una alma que busca á Dios, que trabaja por el cielo, y que junta tesoros para la eternidad?

Direis tal vez: ¿juego todo juego es delito para nosotros? No, amados oyentes, y ya me he declarado en este punto. Yo reprendo el exceso del juego. Arreglad vuestro juego, y no dediqueis á él sino un poco de tiempo, que Dios ha concedido á la naturaleza y que la necesidad requiere. Atended, ántes que al juego, á servir al Señor, y á practicar los ejercicios de la religion. Antes que juguéis, orad, asistid al sacrificio de los altares y leed un buen libro místico. Antes de jugar, tened cuidado de vuestra familia, de vuestros hijos, de vuestros negocios, de las obligaciones de vuestro empleo, de los encargos de vuestra profesion, y de las obras de misericordia y caridad: finalmente, ántes de jugar atended á vuestro espiritual aprovechamiento: adelantad en los caminos del Señor, y cuidad de perfeccionaros, y de todo lo que pueda contribuir á este fin; y habiendo satisfecho á todas estas obligaciones, podeis muy bien buscar algun descanso y algun esparcimiento en un juego decente y limitado.

Pero como un exceso lleva á otro, por el exceso del tiempo que se pierde en el juego, se incurre en el exceso del gasto que en él se hace. Jugar raramente, pero exponer mucho en cada ocasion; y exponer poco, pero jugar continuamente, son dos excesos, que uno y otro están prohibidos por la ley de Dios; pero con más rigor está prohibido un tercer exceso, que es jugar mucho y á todas horas, y exponer siempre que se juega mucho caudal. No os engaños en esto: pues cuando hablo de un juego fuerte en que os exponéis á perder mucho, no intento solo hablar de los ricos y de los grandes del siglo, porque hablo de todos en general, y de cada uno en particular, segun el estado y facultades del que juega. Un juego que solo es diversion para este hombre, es para estotro muy excesivo; el uno puede fácilmente sufrir este gasto, pero, sin embargo, supera las fuerzas y las facultades del otro; y lo que sería una corta pérdida para el primero, causa en el segundo unas funestas consecuencias: porque de este modo se contraen deudas, que es forzoso pagar, y, no obstante, hay una numerosa familia que mantener, hijos á quienes es menester suministrar lo pre-

ciso, criados á quienes es forzoso recompensar, limosnas que hacer, y pobres que aliviar. Apenas las rentas son bastantes á satisfacer estas precisas obligaciones: y si se procura con fidelidad cumplirlas, no se halla cosa alguna, ó casi nada, que sobre para el juego: pero, con todo, se quiere jugar, y este es un principio que algunos se han propuesto en el sistema y régimen de su vida, del cual no hay consideracion alguna, por fuerte y justa que sea, que los separe. Se quiere jugar, cueste lo que costare, y á cualquier precio que sea.

Si el juego es un exceso por el tiempo que en él se emplea, y por el gasto que en él se hace, lo es tambien por la aplicacion y afecto con que á él os entregais. ¿No es cosa digna de lamentarse el ver un cerco de gentes, ocupadas todas en un juego que las domina y posee, y que él solo es el motivo de todas las reflexiones de su espíritu y de todos los deseos de su corazon? ¿Qué miradas tan fijas é inmóviles, y qué atencion tan seria! No se les puede turbar un momento, ni interrumpirlos una vez; y más, si el deseo de ganar tiene en ellos parte; pero esto es lo regular, porque siempre en él se atraviesa el interés. ¿De qué movimientos tan extraños y diversos no está entónces agitada y alterada el alma, segun los varios caprichos é inconstancia de la suerte? De aquí nacen los enfados secretos, las melancolias y disgustos, los pesares y congojas, los desconuelos y desesperaciones, las blasfemias, los juramentos y las maldiciones. Yo no ignoro, que la política del siglo os ha enseñado en este punto, á que oculteis y encubrais todos estos impulsos y sentimientos, bajo el exterior de una tranquilidad y afectada frescura, y con una apariencia de desinterés y de un libre desembarazo. Tambien sé, que en esto estriba uno de los principales méritos del juego, y que en esto consiste adquirir en él la mas grande reputacion; pero aunque el semblante esté sereno, ¿la conmocion é inquietud es ménos violenta en el corazon? ¿No es entónces una duplicada pena padecer interiormente toda la fatiga, y hallarse obligado, por una especie de honor y vanidad, á disimular para con los que miran? Esto es lo que el mundo llama diversion y pasatiempo, que yo, empero, graduo y conozco como pasion, y una de las mas tiranas y culpables. Amados oyentes, hablando con sinceridad y candor, ¿podeis vosotros persuadirlos, de que Dios entienda de este modo los entretenimientos y recreaciones, cuando os ha permitido algun descanso y algun esparcimiento? Este Señor, que es la misma razon, ¿puede aprobar un juego que repugna al discurso? El que es la regla por esencia, ¿puede permitir un juego en que todo es desarreglo? Acabemos, finalmente, y digamos, que la mayor parte de las diversiones del mundo son culpables y condenables, porque son escandalosas en sus efectos.

3. Es una cosa muy digna de admiracion el modo con que se explica Jesucristo, en todo lo que nos escandaliza, y en todo lo que es para nosotros ocasion de pecar. Si uno de vuestros ojos, dice, es para vosotros motivo de escándalo, arrancadle y arrojadle. (MATTH. v. 29.) Si es una de vuestras manos la que os causa el escándalo, cortadla. (MATTH. v. 30.) O si es finalmente uno de vuestros pies, no le perdoneis tampoco. ¿Por qué, imagináis vosotros que el Hijo de Dios usó del ejemplo del pié, del ojo y de la mano? Esto fué para darnos á entender, que aún las cosas más necesarias, aún aquellas que más nos interesan, y de las que parece que podemos ménos pasar sin ellas en el uso de la vida, no están prohibidas, desde el momento que nos pueden hacer pecar, de cualquiera manera que sea, y desde que nos ocasionan ó llevan al pecado. Dios me obliga con igual rigor á huir así la ocasion, como la causa del pecado; aunque, por otra parte, tenga alguna utilidad, ó alguna razon de necesidad me haga ventajosa esta ocasion; pues en el órden de la naturaleza, nada me es tan precioso como un ojo, nada me es tan útil para las acciones de la vida como una mano, y nada me sostiene y me lleva á donde quiero como mi pié; pero á fin de libertarme de una eterna perdicion, de que me hallaria amenazado, no debo reservar, ni el ojo, ni el pié, ni la mano; porque todo es forzoso sacrificarlo para salvar lo principal y esencial, que es la vida del alma. Si este es el sentido de las palabras del Hijo de Dios, ¿con cuánta más razon debe esta gran máxima ser vuestra regla en vuestras diversiones y pasatiempos? Muchos de éstos hay, en efecto, que en sí nada tienen de culpables, y cuyo uso, si quereis que os lo conceda, no llega á ser considerablemente excesivo: pero, sin embargo, quiere Dios tener derecho en prohibíroslos, y con efecto os los prohíbe, porque puede ser que sean para vosotros ocasiones peligrosas. Un ejemplo os hará conocer mejor mi pensamiento. Entre todos los placeres y diversiones ¿hay alguno que en sí mismo sea más indiferente y más inocente que el paseo? Sin embargo, yo aseguro y digo, y vosotros estais tan instruidos de ello como yo, que hay algunos paseos sospechosos, que hay algunos enteramente malos, y que hay algunos del todo escandalosos: y que este escándalo no es para las almas declaradamente viciosas, sino tambien para aquellas que en todos los demás asuntos tienen, ó parece que tienen más horror al pecado. Vosotros sabeis lo que en el dia son ciertos paseos, y lo que hace que éstos sean preferidos á los demás, y que con frecuencia se asista á ellos: en ellos hay las más grandes concurrencias, y una multitud confusa de personas, que sirven de espectáculo á la vanidad y locura del mundo. Si hay alguna belleza singular que quiera presentarse y darse á conocer, ó si hay alguna moda,

ó algun adorno con que se quiera lucir y brillar, ¿no es en estos paseos en los que se hace ostencion de ello con mayor lucimiento y mayor fausto? En medio de tanta diversidad de objetos, que sucediéndose unos á otros, cuasi con movimientos arreglados, pasan sin cesar y vuelven por el mismo paraje ¿qué es lo que dá mas golpe los ojos, y en que se fija mas la atencion? ¿Cuáles son los pensamientos que se forman en el espiritu, cuáles los sentimientos que conmueven y alteran los corazones, y sobre qué asunto se empiezan y continuan las conversaciones y discursos?

¿Luego es forzoso, me direis, privarse de toda diversion? A esto os respondo dos cosas. La primera, que si todas las diversiones del mundo tienen alguno de estos tres distintivos que he notado, ya porque sean culpables en sí mismas, ya porque sean excesivas en su extension, ó ya porque sean escandalosas en sus efectos, no hay diversion alguna en el siglo á la que no debais tener el mayor horror, en lugar de procurarla y de apetecerla: y es la razon, porque cualquiera de estos tres distintivos ó señales es bastante para condenaros; y no hay pasatiempo alguno que pueda compensar la pérdida de vuestra alma, y que no debais sacrificar por conseguir vuestra salvacion. La segunda cosa que os respondo es, que hay muchas recreaciones y diversiones donde poder esparcirse; que no son de una especie sola: muchas hay buenas, sin excesos y sin peligro; y éstas son á todos permitidas. Los primeros cristianos tenían tambien sus dias de recreacion y sus horas de descanso; pero esta era una recreacion y alegría cristiana, que es decir, una alegría discreta y arreglada, inocente y conforme á su profesion. Tened, pues, ésta, y divertíos de este modo, y el Evangelio no tendrá cosa alguna que reprenderos.

Pero ¿qué digo? Pasemos adelante, y siguiendo el consejo del Profeta, si nos hemos de alegrar y regocijar, no sea en cosa alguna, sino en el Señor. El Apóstol S. Pablo deseaba que los fieles estuvieran llenos de toda especie de alegría; y este mismo deseo que tenia el santo para con sus discípulos, es el que yo tengo para con vosotros. Esta alegría ha de ser interior y espiritual, Dios la comunica y derrama en un alma justa, que verdaderamente le busca, que no apetece otra cosa más que él, que no aspira sino á poseerle, y que no quiere descansar y reposar sino en él. Esta es una alegría divina, superior á todos los sentidos, y que el hombre terreno y carnal no puede percibir. Poneos en estado y disposicion de gustarla, y entónces se os hará sensible. No la encontrareis en el bullicio y las concurrencias del mundo, ni tampoco en los juegos ni espectáculos del siglo. En el silencio de la soledad, y en el reposo de una vida santa y retirada, es

donde la hallareis. Tengamos nuestra esperanza y seguridad en la palabra de nuestro Dios, que está empeñado en proporcionarnos la felicidad en este tiempo en que vivimos, y en la eternidad de la gloria, que os deseo.

Véanse: BAILES.—ESPECTÁCULOS.

DOCTRINA CATÓLICA.

(OPOSICION Á LA)

Ecce positus est hic... in signum, cui contradicetur.

Mira, este niño que ves, está destinado para ser el blanco de la contradicción de los hombres.

(Luc. II, 34.)

El Evangelio, amados hermanos míos, nos presenta á Jesucristo proclamándose Dios, y probando que lo es, con el ejercicio de una doble soberanía sobre las almas y sobre los cuerpos. Los escribas y fariseos de entónces no quisieron creer en su misión divina, á despecho de la evidencia y de la brillante publicidad de sus milagros. Jesucristo no muere: vive y se continua aún en sus apóstoles, en su Iglesia, en su Evangelio. Por otra parte, sus impugnadores de entónces tienen también sus herederos y sus continuadores de hoy, voy á ocuparme de estos últimos, para tratar de mostraros por qué existe esta oposición á la doctrina católica, para qué sirve, y qué reglas de conducta debemos observar con respecto á ella. Imploramos antes, etc. A. M.

1. El primero que se opuso á la verdad católica, es el demonio. No es mi ánimo hablaros de la oposición de ese irreconciliable enemigo de Jesucristo, oposición primordial, madre de todas las demás, ya directa, ya indirectamente. Paso á referirme á la oposición del hombre en su voluntad personal, en su razón obcecada ó culpable.

Hay en nosotros, hermanos míos, dos necesidades igualmente irre-

sistibles: la necesidad de creer, y la necesidad de raciocinar. Para satisfacer la primera, vamos á veces demasiado léjos: preferimos creer demasiado, creerlo todo, á no creer nada, ó no creer bastante. Este es el defecto en que cae comunmente la gente sencilla, el pueblo religioso, bueno, crédulo, pero no siempre bastante ilustrado. De aquí su superstición y sus preocupaciones sin fin, que no dejan empero de ser respetables á causa de su principio. La necesidad de raciocinar nos lleva al polo opuesto, á discutirlo todo, á dudar de todo, á desecharlo y someterlo todo al tribunal de nuestra enfermiza razón, como si ella fuese el criterio final de toda verdad: tal es el extremo á que han llegado los sabios, según el siglo, los prudentes, según la carne, los doctos sin Dios, sin el Evangelio, sin la autoridad de la fé. De aquí el espíritu de duda y error á que me refiero; de aquí la oposición á la misma autoridad de la fé, oposición que deriva evidentemente del orgullo y de las pretensiones exageradas de la razón humana, de su fuerza, de sus derechos, de su independencia ante la misma razón de Dios que ha hablado.

A la oposición de la razón se agrega otra oposición más violenta, más tenáz, más general aún; es la del corazón, que, en punto á doctrina, tiene también sus delirios y devaneos. Aquella se rebela contra el dogma revelado, y éste contra la moral. ¿Por qué el protestantismo y muchas sectas triunfaron en Alemania é Inglaterra? ¿Por qué se reunieron tantos pueblos y tantos países en torno de su bandera? Porque en su bandera estaban escritas estas grandes palabras en letras de fuego: libertad de pensar, libertad de obrar. Creed lo que queráis y vivid como creáis. Mas no sucede lo mismo con la doctrina católica: ésta gobierna el alma y el cuerpo, domina los sentidos, los mortifica, los hace morir. Si la doctrina católica no obligase en la práctica, si no encadenase las pasiones desatentadas, y no condenase el vicio con una autoridad suprema é inflexible, por rico y poderoso que sea el culpable, se la haría poca oposición, y hasta se la ensalzaria, se la bendeciría, y se la concederían coronas á manos llenas. Mas como ella lastima, como manda soberanamente, como acarrea consecuencias prácticas, hay hombres que la impugnan y protestan de ella. Si las verdades matemáticas, decía Leibnitz, obligasen en la práctica, nadie creyera en las verdades matemáticas.

2. Por lo demás, no nos quejemos de esta oposición á la fé católica, cuya causa podeis ahora apreciar. Sus resultados son contrarios á los que se esperaban. Ella produce los mejores frutos; y si ha podido decirse del pecado de Adán, primera oposición á la autoridad de Dios, *ó felix culpa!* otro tanto puede decirse de la de todos sus descendientes. En primer lugar, esta oposición nos obliga al estudio, que